

## SAN AGUSTÍN

### TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

#### LA VERDAD Y EL CONOCIMIENTO

Cuando habla como simple cristiano Agustín tiene buen cuidado de recordar que el hombre es la unidad de alma y cuerpo; cuando filosofa, vuelve a caer en la definición de Platón: alma unida a un cuerpo accidentalmente. El alma está presente toda entera al cuerpo. El alma está unida para **vivificar al cuerpo**. Si algún objeto exterior hiere nuestros sentidos, nuestros órganos sensoriales sufren su acción; pero como el alma es superior al cuerpo, y puesto que lo inferior no puede obrar sobre lo superior, ella misma no sufre acción alguna. Lo que acontece es lo siguiente: gracias a la vigilancia que ejerce, al alma no le pasa inadvertida esta modificación de su cuerpo Sin sufrir nada de parte del cuerpo, sino al contrario, por su propia actividad, con maravillosa rapidez **saca de su propia sustancia una imagen semejante al objeto**. Esto es lo que se llama **una sensación**. Las sensaciones son, pues acciones que el alma ejerce y no pasiones que sufre.

Entre las sensaciones, unas nos informan simplemente sobre el estado y las necesidades de nuestro cuerpo, otras sobre los objetos que le rodean. El carácter que distingue a estos objetos es su inestabilidad. Como duran en el tiempo, aparecen y desaparecen, se borran y se reemplazan unos a otros sin que sea posible captarlos. Cuando estamos a punto de decir de ellos que son, ya han desaparecido. **Esta falta de estabilidad, que refleja una verdadera falta de ser, los excluye de todo conocimiento propiamente dicho. Conocer es aprehender por el pensamiento un objeto que no cambia y cuya misma estabilidad permite retenerlo bajo la mirada del espíritu**. De hecho, el alma encuentra en sí misma conocimientos que versan sobre objetos de este tipo Así ocurre siempre que aprehendemos una verdad. Porque una verdad es algo completamente distinto de la constatación empírica de un hecho; es el descubrimiento de una regla por el pensamiento, guía para una percepción empírica.

A S. Agustín le ha preocupado el problema de la posibilidad de verdades absolutas a lo largo de su vida. Su solución del problema tiene ecos modernos. **Parte de hechos de inmediata evidencia, de los datos de conciencia, como hará Descartes**. “¿Duda alguien de que vive, de que recuerda, .....? Pues si duda vive...( De Trinitate.X,10).

Agustín presupone un determinado concepto de verdad. La verdad debe en todo caso ser eterna y necesaria. Ciertamente que esto sólo tiene lugar en verdades que tocan a un contenido de realidad ideal, como el ejemplo en la proposición  $7+3=10$ . Para todo hombre dotado de razón es éste un enunciado con valor absoluto y universal, explica Agustín en el De libre arbitrio. Otra cosa es lo que se cree saber, a base de una sensación circunstancial, tocante a este cuerpo o aquel. Aquí no sabe uno si tal será también en el futuro. Lo mismo que Platón en el Menón y en el Teeteto, llega a Agustín al concepto de la verdad en su sentido ideal pasando por la matemática. De este modo **se ha adelantado Agustín no sólo al “cógito, ergo sum” cartesiano, sino también a la teoría de Hume sobre el valor y alcance de la experiencia sensible y a la distinción leibniziana entre verdades de hecho y verdades de razón**.

El mundo de los cuerpos es mudable; no sólo Platón, también Agustín suscribe el principio de Heráclito. Pero **nuestra alma tiene que prestar algo de sí misma a las percepciones sensibles para que éstas puedan darse**. El alma recibe las comunicaciones del sentido no de un modo pasivo, sino volcando ya en ellas su propia actividad. **El alma contiene en sí misma las reglas e ideas guías de la sensibilidad que prescriben a ésta cierta ley y medida** como se puede ver por ejemplo, en la idea de unidad, de que tiene que echar una mano en la experiencia sensible. Es cierto que necesitamos el conocimiento de lo uno, de lo contrario no podríamos percibir y pensar lo múltiple. No ha de considerarse superflua la experiencia sensible, como tampoco lo fue en Platón. Pero **la decisión sobre el valor necesario y eterno de la verdad no tiene ciertamente en ella su base**.

**Se ha de buscar la fuente de verdad en otra fuente. Y la encuentra S. Agustín en el espíritu del hombre**. “No busques fuera. Vuelve hacia ti mismo. En el interior del hombre habita la verdad. Y si hallas que también tu propia naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo” (De vera religióne).

Para Agustín **el espíritu no es independiente sino esencial-mente está siempre unido a algo superior a él.**

Agustín concibe una iluminación mediante la cual la verdad se irradia desde Dios sobre el espíritu del hombre. No se trata de una iluminación sobrenatural, de una revelación, sino de algo natural. Para la palabra “iluminación” pudo ofrecer ocasión a Agustín la Sagrada Escritura, que designa a Dios como la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; también Platón, para quien la idea del bien, sol, hace visibles todas las demás verdades; y final-mente Plotino.

Es aquella **manera de pensar platonizante** que ve siempre lo perfecto detrás de lo imperfecto la que opera en el fondo de su espíritu y la que le hace ver detrás de toda verdad particular, que no es más que verdad participada, la verdad absoluta.

**Admite Agustín ideas, reglas y razones eternas que explican y fundan todo ser de verdad. En su luz, luz apriórico del espíritu, se realiza nuestro encuentro con el mundo, lo vemos, lo pensamos, lo entendemos. Sólo que esas ideas y razones no las tiene la mente humana en sí como cosas propias, en fuerza de su ser, sino que pertenecen a un ulterior y más hondo fundamento, al espíritu de Dios. Este constituye ahora el mundo inteligente. Desde allí mueven aquellos principios y razones al espíritu humano por una inmediata iluminación.** Sin embargo, de la iluminación no ha derivado ninguna verdad teológica, sino que sólo ha quedado en pie el principio básico de un **apriorismo epistemológico**, cuya raíz está en la **reminiscencia platónica.**

La verdad coincide con las ideas y razones eternas. Son las que constituyen el auténtico ser y esencia de la verdad. Y puesto que éstas ideas son de Dios, puede decir que **Dios es la verdad (Deus Veritas).** Pero con ello la verdad se ha convertido en algo ontológico: la verdad se adecua a los modelos o arquetipos en la mente de Dios.

## ETICA

### **EL BIEN. PRINCIPIO DE MORALIDAD**

**Las verdades eternas en la mente de Dios** son los fundamentos del conocer y del ser. Son también **los fundamentos de la moralidad.**

**La ley eterna** significa el **plan mundial de Dios o la voluntad de Dios que manda conservar el orden natural** y prohíbe el perturbarlo.

La ley eterna está grabada en nosotros . Abarca todo el orden del ser: el ser del mundo corpóreo(*lex naturalis*), el ser ideal de la validez lógica(*lex rationis*) y el ser de las prescripciones morales(*lex voluntatis*). Pero en Agustín **la ley moral es designada con preferencia como ley eterna como el principio último y más general del valor y la norma morales.** Y también se sirve para ello del término ley natural, entendiendo la naturaleza en el sentido antiguo, como el orden total del ser en su conjunto. Detrás de esta apreciación está Aristóteles, Platón, Heráclito, estoicismo. Queda en S. Agustín la ley eterna, tomada como orden ideal total, erigida en principio de moralidad. Y como atendiendo a **su contenido coincide con la esencia de Dios**, más exactamente con la divina sabiduría( como *ratio* o Razón), puede decir también Agustín que **Dios es el último principio del bien moral. Todo lo bueno es bueno por Él, como todo lo verdadero es solo verdadero por Él y todo lo que tiene en realidad tiene su ser sólo por Él.**

Junto a la sabiduría de Dios (*ratio divina*) se admitirá también como principio la voluntad divina. Es la voluntad de Dios, la que fija el decálogo. Para su recta inteligencia habrá que advertir que esta voluntad de Dios, no es voluntad de capricho, coincide con la divina sabiduría y con la esencia misma de Dios, que ni puede mudarse ni es para nosotros un extraño poder que nos hace violencia., pues nuestro propio ser tiene su origen justamente en Él y por Él.

**La ley eterna** implica un orden de determinación causal física sólo en la naturaleza irracional. Al revés, **en el reino del ser espiritual**, aquella ley se traduce en una prescripción de deber ideal que **presupone la libertad.**

Agustín pone de relieve más expresamente la esencial significación de la voluntad en la conducta concreta y en la vida moral del hombre. No habla ya el lenguaje del **intelectualismo moral socrático.** Agustín ya tiene detrás de sí a **Plotino.** Para Plotino el hombre es alma que se orienta a

lo inteligible-Uno; y no sólo lo piensa, sino también lo quiere. Es su **motivo existencial. Lo ético es para él voluntad, o AMOR. La voluntad es todo el hombre. Ve Agustín el alma de la moral en el amor, otorgando un primado de la voluntad.** Es Agustín el santo de corazón inflamado. No hay que ver en esto un voluntarismo individualista del capricho. **El corazón tiene su ley.** En la voluntad del hombre están inscritas con trazos imborrables **las leyes del bien** (ley moral-ley eterna). **El corazón gravita hacia el amor**, es mi fuerza de gravedad. Pero no está todo en amar y querer sin más, sino **en el recto amar y en el recto querer.** “Ama, pero fíjate bien qué es lo que merece amarse”. **Dios es el primer amor** del que todo otro amor vive.

Hay un **trasfondo platónico**: el eros o amor acucia al hombre y no le deja tener paz hasta que, desprendido de lo extraño-cuerpo, retorna a lo bueno en sí (idea del Bien) como a lo familiar y propio, y en ello ya descansa feliz.; idea a la que recurre el estoicismo con un tono naturalístico (cósmico). En este ámbito platónico se instala el amor agustiniano.

En Agustín **la caritas constituye el paralelo de la sapientia. Son dos caminos hacia el mismo fin, lo bueno en sí.** Esto se nos manifiesta ya por una vía racional, ya por una vía emocional. El hombre antiguo no siente todavía la necesidad de plantear un dilema. Aún puede muy bien mirar lo distinto como dos lados de un todo unitario. Y tal ocurre en Agustín: en él, el amor no se da sin elementos cognoscitivos, ni la razón sin rasgos emocionales (amor).

Si el amor es el alma de la vida, se revela cuál ha de ser su fin: la **felicidad.**

Toda la doctrina en torno a la **eudemonia** de los antiguos, de Platón, de Aristóteles, Cicerón el estoico, de Filón y Plotino, lo tiene ante sus ojos, pero perfila una línea nueva que será guiada por su concepción de la moralidad como voluntad y amor. Si nuestra vida es amor y anhelo, su plenitud y acabamiento será un estado de reposo y un goce de felicidad. La meta de la felicidad no es ya el pensamiento de pensamientos (Aristóteles) sino la **plenitud del amor en la adecuación de la voluntad con su fin.**

Ser feliz es el objetivo final de todo ser humano; para serlo, cada uno tiene que volverse hacia el Soberano Bien, quererlo y adherirse a él. Se impone, pues, la necesidad de ser libre. En vez de obrar así, el hombre se ha vuelto de espaldas a Dios para gozar de sí y hasta de las cosas que le son inferiores. En eso consiste el pecado, y cuya responsabilidad responde al hombre. Como **transgresión de la ley divina**, el pecado original ha tenido por consecuencia la rebelión del cuerpo contara el alma, de donde provienen la concupiscencia y la ignorancia. El alma fue creada por Dios para regir su cuerpo, pero he aquí que el alma es regida por el cuerpo.

Orientada desde ese momento **hacia la materia, se contenta con lo sensible**; y, puesto que saca de sí misma las sensaciones y las imágenes, se agota al producirlas. Según dice Agustín, aporta algo de su propia sustancia para formarlas. Extenuada por semejante pérdida de sustancia, y revestida de una costra de imágenes sensibles, el alma deja muy pronto de reconocerse; termina no creyendo más que en la única realidad de la materia y tomándose a sí misma por un cuerpo. Es esto lo que constituye **la tumba del alma, y ése es el mal del que tiene que liberarse.**

En el estado de caída en que se encuentra, el alma no puede salvarse por sus propias fuerzas. El hombre ha podido caer espontáneamente, es decir, por su libre albedrío; pero su libre albedrío no le basta para levantarse.

Es que ahora no se trata solamente de querer; hace falta, además, poder. El momento decisivo de la historia personal de Agustín había sido aquel en que descubrió el pecado, su incapacidad para levantarse sin la **gracia de la Redención**, y su éxito al hacerlo con el auxilio divino.

Sin la gracia se puede conocer la Ley; con ella podemos cumplirla. Así, como iniciativa divina, la gracia precede, en nosotros, a todo esfuerzo eficaz por levantarnos. Nace de la fe; pero la misma fe es una gracia. Por eso la fe preceda las obras porque las buenas obras y su mérito nacen de la gracia. Por otra parte, no hay que olvidar que **la gracia es un socorro que Dios pone a disposición del libre albedrío del hombre**; por tanto, no lo elimina, sino que coopera con él, restituyéndole la eficacia para el bien de que el pecado le había privado. Para hacer el bien se requieren dos condiciones: un don de Dios, que es la gracia, y el libre albedrío.

El efecto de la gracia no es suprimir la voluntad, sino convertirla de mala en buena. Este poder de usar bien del libre albedrío es precisamente la libertad (predisposición a obrar correctamente).

**Poder obrar el mal es inseparable del libre albedrío, pero poder no hacerlo es una señal de libertad, y hallarse confirmado en gracia hasta el punto de no poder ya realizar el mal es el**

**grado supremo de la libertad. Por tanto, el hombre a quien domina por completo la gracia de Cristo es también el más libre.**

Tal libertad plena no nos es asequible en esta vida, pero acercarse a ella aquí abajo es el mejor medio de obtenerla después de la muerte. La hemos perdido desviándonos de Dios hacia los cuerpos; podremos reconquistarla volviéndonos de los cuerpos a Dios. **La caída fue un movimiento de egoísmo; el retorno a Dios constituye un movimiento de caridad, que es el amor de lo único que merece ser amado.** Expresada en términos de conocimiento, esta conversión a Dios consiste en el esfuerzo de una razón que pugna por volverse de lo sensible a lo inteligible, es decir, de la ciencia hacia la sabiduría. Se llama “razón inferior” a esa razón que se entrega al estudio de las cosas sensibles, reflejos cambiantes de las Ideas; se denomina “razón superior” a esa misma razón en su afán de despegarse de lo individual y sensible y elevarse progresivamente a la contemplación intelectual de las Ideas. Platón y Plotino sabían que ése es el objeto que hay que alcanzar.

Parecen haberlo alcanzado alguna vez, en una especie de éxtasis que dura un abrir y cerrar de ojos. Con mayor motivo puede el cristiano elevarse hasta allí con ayuda de la gracia, pero pronto cae de nuevo sobre sí mismo, cegado por el brillo deslumbrador de la luz divina. El Sol de los espíritus no se puede mirar fijamente. Mas la voluntad puede ya lo que todavía no puede el entendimiento. Mientras la concupiscencia arrastra a la voluntad hacia los cuerpos como hacia su centro de gravedad, **la caridad la fuerza a gravitar hacia Dios para adherirse a Él, gozarse en Él y encontrar en Él su felicidad. Aquí es donde el cristiano se muestra auténticamente filósofo.** La única razón de filosofar es ser feliz; y sólo el cristiano es feliz, porque es el único que posee el verdadero Bien, fuente de toda felicidad.

Cuando el hombre ha llegado a dominar sus deseos impulsivos y apetitos y ha alcanzado la verdadera vida, el verdadero bien, se cumple lo que el Señor le ha prometido: paz sobre paz. El concepto de paz agustiniano expresa la plenitud de aquella teleología ética objetiva, para la que todo vivir y afanarse va tras un fin. La paz es el supremo objetivo de la Ciudad de Dios.

( E. Gilson: La filosofía en la Edad Media. Ed.Gredos.  
J. Hirschberger: Historia de la Filosofía. Ed. Herder )

